



La Santa Sede

VISITA A LA PARROQUIA ROMANA DE SAN LUCAS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Domingo 4 de noviembre de 1979

Hermanas y hermanos queridísimos:

"La gracia y la paz con vosotros de parte de Dios, nuestro Padre y del Señor Jesucristo" (*Rom 1, 7*).

1. Con estas palabras de San Pablo a los romanos, quiero presentaros hoy mi saludo cordial a todos los miembros de la parroquia de San Lucas, todavía joven, es cierto —en efecto fue constituida jurídicamente en 1956—, pero tan llena ya de dinamismo y vitalidad. En estos días, exactamente del 15 al 28 de octubre, el obispo auxiliar del sector, mons. Giulio Salimei, ha realizado la visita pastoral. He examinado, con íntima satisfacción y legítima alegría, la relación que él ha elaborado y también la que ha preparado el párroco, mons. Alessandro Agostini, junto con los sacerdotes que colaboran con él para bien vuestro. Con esta visita intento concluir y, en cierto modo, poner mi "sello" a la del obispo auxiliar.

Ante todo un saludo al cardenal Vicario y a mons. Salimei, al párroco y al grupo de sacerdotes que dan sus mejores energías físicas y espirituales a esta comunidad parroquial, que presenta varios y complejos problemas, y no es el último su numerosa población: cerca de 30.000 habitantes, con 8.000 familias.

Un saludo a los sacerdotes de las parroquias vecinas, a los religiosos y religiosas que viven y trabajan en el ámbito de la parroquia: quiero recordar en este momento al centro provincial de los Pequeños Hermanos del padre Charles de Foucauld, a las religiosas Oblatas del Sagrado Corazón de Jesús, que se dedican generosamente al cuidado de la parroquia; al numeroso grupo de Hermanas de la Misericordia de Verona, comprometidas en sus diversas actividades

educativas, catequéticas y caritativas. Esta presencia es para mí expresión de la comunidad que es tan querida y preciosa en la vida de la Iglesia, tan útil en la existencia y en el servicio sacerdotal.

Dirijo un saludo cordial a los miembros de los numerosos grupos juveniles —nada menos que 17— los cuales, de diversos modos y con muchas iniciativas, intentan profundizar juntos las exigencias de la fe cristiana; un saludo afectuoso y respetuoso a los padres y madres de familia, quienes, aun en medio de tantas dificultades, quieren vivir en plenitud el misterio cristiano de su matrimonio y se comprometen, con todo esfuerzo, a educar cristianamente a sus hijos. Un saludo conmovido a nuestros hermanos enfermos, que llevan el signo del sufrimiento de Cristo y de la Iglesia; a los pobres que necesitan nuestro gesto concreto de solidaridad y de amor. Un saludo paterno a los niños, nuestra auténtica alegría y nuestra esperanza serena para un mañana mejor.

Pero quiero dirigir hoy un saludo especial a los catequistas de la parroquia, que son nada menos que 160. Debo manifestaros, jóvenes, religiosas, padres, dedicados a esta obra tan meritoria, mi aplauso y el de toda la Iglesia por el compromiso generoso que demostráis ayudando a los muchachos en su itinerario de fe. Os repito las palabras que he dirigido a los catequistas de todo el mundo en mi reciente Exhortación Apostólica *Catechesi tradendae*: "En nombre de toda la Iglesia quiero dar las gracias a vosotros, catequistas parroquiales... que en todo el mundo os habéis consagrado a la educación religiosa de numerosas generaciones de niños. Vuestra actividad, con frecuencia humilde y oculta, mas ejercida siempre con celo ardiente y generoso, es una forma eminente de apostolado seglar..." (núm. 66).

Me hallo, pues, ante una comunidad que se ha preparado para este encuentro con el Papa con seriedad ejemplar, cuya expresión más tangible ha sido la vigilia nocturna de oración. Esta es una comunidad que quiere vivir intensamente y hacer partícipes a los demás de la propia fe cristiana en una articulada unión fraterna: la fuente de esta unión, comunión y cooperación es el amor que Cristo mismo, nuestro Señor y Maestro, ha injertado en vuestros corazones, como resalta, de modo especial, la liturgia de la Palabra hoy.

2. Cristo dice: "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él..." (Jn 14, 23). *En el centro mismo* de la enseñanza de Cristo se halla *el gran mandamiento del amor*.

Este mandamiento ya fue inscrito en la tradición del Antiguo Testamento, como lo testimonia la primera lectura de hoy, tomada del libro del Deuteronomio.

Cuando el Señor Jesús responde a la pregunta de uno de los escribas, se remonta a esta redacción de la Ley divina, revelada en la Antigua Alianza:

"¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?"

El primero es... amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.

El segundo es éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

Mayor que éstos no hay mandamiento alguno" (*Mc 12, 28-31*).

3. Ese interlocutor a quien evoca San Marcos, aceptó con reflexión la respuesta de Cristo. La aceptó con aprobación profunda. Es necesario que también nosotros reflexionemos brevemente sobre este "mandamiento más grande", para poderlo aceptar de nuevo con plena aprobación y con profunda convicción. Ante todo, Cristo difunde *el primado del amor en la vida y en la vocación del hombre*. La vocación mayor del hombre es la llamada al amor. El amor da incluso el significado definitivo a la vida humana. Es la condición esencial de la dignidad del hombre, la prueba de la nobleza de su alma. San Pablo dirá que es "el vínculo de la perfección" (*Col 3, 14*). Es lo más grande en la vida del hombre, porque —el verdadero amor— *lleva en sí la dimensión de la eternidad*. Es inmortal: "La caridad no pasa jamás", leemos en la Carta primera a los Corintios (*1 Cor 13, 8*). El hombre muere por lo que se refiere al cuerpo, porque éste es el destino de cada uno sobre la tierra, pero esta muerte no daña al amor que ha madurado en su vida. Ciertamente permanece, sobre todo para dar testimonio del hombre ante Dios, que es amor. Designa el puesto del hombre en el Reino de Dios; en el orden de la comunión de los santos. El Señor Jesús dice en el Evangelio de hoy a su interlocutor, viendo que comprende el primado del amor entre los mandamientos: "No estás lejos del Reino de Dios" (*Mc 12, 34*).

4. Son dos los mandamientos del amor, como afirma expresamente el Maestro en su respuesta, pero *el amor es uno solo*. Uno e idéntico, abraza *a Dios y al prójimo*. A Dios: sobre todas las cosas, porque está sobre todo. Al prójimo: con la medida del hombre y, por lo tanto, "como a sí mismo".

Estos "dos amores" están tan estrechamente unidos entre sí, que el uno no puede existir sin el otro. Lo dice San Juan en otro lugar: "El que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve" (*1 Jn 4, 20*). Por lo tanto, no se puede separar un amor del otro. El verdadero amor al hombre, al prójimo, por lo mismo que es amor verdadero, es, a la vez, amor a Dios. Esto puede sorprender a alguno. Ciertamente sorprende. Cuando el Señor Jesús presenta a sus oyentes la visión del juicio final, referida en el Evangelio de San Mateo, dice: "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; peregriné, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; preso, y vinisteis a verme" (*Mt 25, 35-36*).

Entonces los que escuchan estas palabras se sorprenden, porque oímos que preguntan: "Señor, ¿cuándo *te* hemos hecho todo esto?". Y la respuesta es: "En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno solo de mis hermanos más pequeños —esto es, a vuestro prójimo, a uno de los hombres—, a mí me lo hicisteis" (cf. *Mt 25, 37. 40*).

5. Esta verdad es muy importante para toda nuestra vida y para nuestro comportamiento. Es particularmente importante para quienes tratan de amar a los hombres, pero "no saben si aman a Dios", o, desde luego, declaran no "saber" amarlo. Es fácil explicar esta dificultad, cuando se considera toda la naturaleza del hombre, toda su psicología. De algún modo al hombre le resulta más fácil amar lo que ve, que lo que no ve (cf. 1 Jn 4, 20).

6. Sin embargo, el hombre está llamado —y está llamado con gran firmeza, lo atestiguan las palabras del Señor Jesús— a amar a Dios, al amor que está *sobre todas las cosas*. Si hacemos una reflexión sobre este mandamiento, sobre el significado de las palabras escritas ya en el Antiguo Testamento y repetidas con tanta determinación por Cristo, debemos reconocer que nos dicen mucho del hombre mismo. Descubren la más profunda y, a la vez, definitiva perspectiva de su ser, de su humanidad. Si Cristo asigna al hombre como un deber este amor, a saber, el amor de Dios a quien él, el hombre, no ve, esto quiere decir que el corazón humano esconde en sí la capacidad de este amor, que el corazón humano es creado "a medida de este amor". ¿No es acaso ésta la primera verdad sobre el hombre, es decir, que él es la imagen y semejanza de Dios mismo? ¿No habla San Agustín del corazón humano que está inquieto hasta que descansa en Dios?

Así, pues, el mandamiento del amor de Dios sobre todas las cosas *descubre una escala de las posibilidades interiores del hombre*. Esta no es una escala abstracta. Ha sido reafirmada y encuentra constantemente confirmación por parte de todos los hombres que toman en serio su fe, el hecho de ser cristianos. Sin embargo, no faltan los hombres que han confirmado heroicamente esta escala de las posibilidades interiores del hombre.

7. En nuestra época nos encontramos con una crítica, frecuentemente radical, de la religión, con una crítica *de la cristiandad*. Y entonces también este "mandamiento más grande" resulta víctima del análisis destructivo. Si se libra de esta crítica e incluso generalmente se aprueba el amor al hombre, se rechaza, en cambio, por varios motivos, el amor de Dios. Con frecuencia esto se hace simplemente como expresión atea de la visión del mundo.

En el contacto con esta crítica que se presenta de diversas formas, ya sea sistemáticamente, ya de manera circulante, es necesario ponderar al menos sus consecuencias en el hombre mismo. Efectivamente, si Cristo, mediante su mandamiento más grande, ha descubierto la escala plena de las posibilidades interiores del hombre, entonces debemos responder dentro de nosotros mismos a la pregunta: rechazando este mandamiento ¿acaso no empequeñecemos al hombre?

En este momento, es suficiente que me limite sólo a hacer esta pregunta

8. Lo que quiero desear, aprovechando el encuentro de hoy con vuestra parroquia, se expresa sobre todo en el ferviente anhelo de que el gran mandamiento del Evangelio sea el *principio de la vida* de cada uno de vosotros y de toda vuestra comunidad. Sin embargo, precisamente este

mandamiento confiere el verdadero significado a vuestra vida. Vale la pena vivir y fatigarse cada día en su nombre. A su luz incluso el destino más gravoso: el sufrimiento, la invalidez, la misma muerte adquieren un valor. Cómo nos hablan de esto de manera espléndida las palabras del Salmo en la liturgia de hoy: "Yo te amo. Señor, tú eres mi fortaleza, Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador; Dios mío, peña mía, refugio mío..." (*Sal* 17 [18]. 1-3).

Deseo, pues, que en cada uno de vosotros y en todos se realicen las palabras de Cristo: "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él y en él haremos morada (*Jn* 14, 23). Amén.